



PROYECTO ELYSIUM

Francisca López

PROYECTO ELYSIUM



Primera edición: septiembre de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Francisca López

ISBN: 978-84-19899-62-0

ISBN digital: 978-84-19899-63-7

Depósito legal: M-27809-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Quiero dedicar este libro a toda
mi familia que me ha apoyado en todo
momento. En especial, a mi nuera
Judith Cao. Una chica excelente.
Y a mi hermana Nuria López Serrano,
@nlopezilustracion, autora de la portada
de mi libro Proyecto Elysium.
Una gran artista.
Gracias,*

ÍNDICE

PRISCILLA EVANS.....	11
LAS PACIENTES	21
EL HOSPITAL.....	29
CARLA.....	35
EL CONFIDENTE.....	39
BLAKE DIXON	43
LA ALARMA	47
DOS TERRIBLES NOTICIAS.....	51
ALESSIA RANDALL	55
DISCREPANCIAS.....	59
LA OPERACIÓN	61
LOS SERVICIOS EPIDEMIOLÓGICOS	65
PARANOIA	69
LA DOCTORA PARIS Y SU COMITÉ DE DEMENTES..	75
LAS PESQUISAS.....	79
EN LA COMISARÍA	83
UN IMPASSE.....	87
LA INCURSIÓN.....	91
TERROR.....	95
REUNIÓN EN EL AYUNTAMIENTO	99
MARISOL.....	103
LA CONSPIRACIÓN.....	105

EL PLANO	107
KATE MONTGOMERY	111
LA UBICACIÓN.....	115
EL RASTRO.....	121
LOS SWAT	125
EL ASALTO.....	127
EL FUNERAL.....	135

PRISCILLA EVANS

Mi nombre es Priscilla Evans, vivo en un pequeño pueblo del estado de Alabama, Allgood. Es un pueblo pequeño rodeado de naturaleza. En verano, se llena de vida. Vienen turistas por doquier a disfrutar de nuestros grandes atractivos turísticos.

En la zona, podemos encontrar un lago; senderos que llegan hasta lo alto de la montaña y la rodean, y desde donde puedes disfrutar de unas vistas panorámicas y maravillosas del pueblo y sus alrededores; ríos caudalosos y rápidos que atraen a profesionales del *rafting*, y cañones y barrancos en los que hacer barranquismo.

El resto del año, el pueblo recupera la normalidad y se lleva una vida apacible y sin sobresaltos.

Los índices de delincuencia están bajo mínimos. Nuestra Policía Local, no sabe lo que es un tiroteo. La mayor parte de su trabajo tiene que ver con rescates, como bajar a un gato de un árbol porque se le ha escapado a su dueña, una anciana entrañable que hace pasteles, algún niño que ha metido la cabeza donde no debía o algún raterillo

conocido del pueblo que se lleva algún producto de alguna tienda; en fin, nada destacable.

En el pueblo nos conocemos todos y todas. Organizamos fiestas y nos divertimos en comunidad; es como una gran familia que se ayuda y se quiere.

Yo, personalmente, he hecho grandes amistades aquí, y aquí me casé y creé mi familia. Nos compramos una bonita casa con jardín y dos plazas de garaje. Los fines de semana, invitamos a familiares y a amigas y amigos para echarnos unas risas y pasar un rato juntos. Otras veces, nos reunimos en la casa de los demás y nos lo pasamos igual de bien.

Mi marido es instructor de deportes de aventura y trabaja por temporadas, así que dispongo de mucho tiempo para estar con él. Ah, perdón, no he dicho su nombre, se llama William.

Tengo dos hijos, Ryan y Kevin, son gemelos y hace poco acabaron la universidad. Ahora viven con nosotros, ambos tienen novia, y Ryan ya está haciendo planes de futuro.

Yo nací al año de llegar mi padre y mi madre a Allgood. Estudié en el instituto del pueblo, y allí fue donde conocí al que ahora es mi marido. Llevamos veinticinco años casados y pronto celebraremos nuestras bodas de plata.

Trabajo en el hospital general como administrativa sanitaria en el Departamento de Obstetricia.

Una amiga me recomendó a la directora del centro y, después de una entrevista, conseguí el puesto. No es que sea una enchufada, es que en el pueblo las cosas funcionan así, el boca a boca es como una oficina de empleo.

El hospital es muy bonito: tiene dos grandes columnas justo delante del magnífico porche de la entrada. Es de color blanco con tejas negras y recuerda a esas casas antiguas victorianas. La planta baja está toda rodeada de grandes cristalerías de colores, verdes, rojos intensos, azules esmeraldas y amarillos, que resaltan con el blanco de las molduras.

Carla, que es el nombre de mi amiga, está embarazada de cinco semanas y está muy ilusionada, ya está buscando nombres para su bebé. Dice que, si es niño, lo llamará Andrew y, si es niña, Mery Anne.

Trabaja en una pequeña tienda de chucherías de su propiedad. Ella misma fabrica los caramelos que vende, qué digo fabrica, moldea. ¡Son caramelos artísticos! Yo siempre le digo que podría exponerlos en una galería de lo bonitos que son.

El local está situado en la plaza Mayor, justo al lado, hay una tienda de electrodomésticos; una panadería en la que se hornean unos bollos deliciosos y calentitos; una ferretería; una tienda de velas, en la que se invita a los clientes a hacer sus propias creaciones, y otras muchas tiendas más que rodean la plaza. De hecho, es el centro de casi toda la actividad económica de la localidad. Aquí, los granjeros y granjeras cierran tratos, compran y venden, y, últimamente, se han instalado algunas *startups*, incluidas empresas de construcción de casas en los árboles.

Todas sus tiendas son de estilo antiguo, pero muy bien conservadas; su aspecto, y el del pueblo en general, recuerda a esos pequeños pueblos del siglo XVIII, como los

de las películas del Oeste, cuando los carruajes y el polvo se apoderaban de las calles y los forajidos huían galopando a lomos de sus caballos, perseguidos por la patrulla del *sheriff*.

Respecto a mí, llevo una vida bastante rutinaria. Me levanto a las siete de la mañana, y William, mi marido, ya se ha levantado y ha preparado el desayuno, tortitas y café con leche; también se ha levantado Ryan, el más madrugador; Kevin todavía sigue en la cama, le gusta mucho dormir.

Mi turno comienza a las ocho. Cuando llego, lo primero que hago es ordenar mi mesa y preparar las visitas del día. En el departamento, todo funciona como siempre, hago mi turno de mañana, descanso para comer y aprovecho para charlar un rato con mis compañeros y compañeras, siempre hablamos acerca de los últimos cotilleos; a veces, resultan muy interesantes. A las tres, vuelvo; hasta las siete, que termina mi jornada.

Mi trabajo consiste mayormente en inscribir a las pacientes, darles cita, rellenar formularios y almacenar la información una vez han dado a luz.

Esa es mi rutina. Aunque todos los días no son iguales, afortunadamente. Tengo una vida plena, aprecio mucho a mis compañeros, me gusta mi trabajo, hay un buen ambiente y tengo una gran familia.

En vacaciones, mi marido y yo aprovechamos para hacer escapadas a la naturaleza. Mis hijos ya son grandes, así que William y yo nos hacemos compañía. Es mi mejor amigo.

Pero eso cambió un 22 de mayo de 2016, cuando volví al trabajo después de una semana de descanso.

Eran las siete de la mañana y en la planta de Obstetricia no hay nadie antes de las ocho. Pero esa mañana en particular encontré a una persona trasteando en mi ordenador. Cuando me aproximé a ella, me dijo que lo estaba limpiando; llevaba una bata y artilugios de limpieza, pero no me convenció. Miré su nombre en la tarjeta identificativa y, más tarde, descubriría que no había nadie con ese nombre trabajando en el servicio de limpieza del hospital.

Pasaron las semanas y empezaron a producirse cambios.

Vinieron dos enfermeras nuevas. Me acerqué a saludarlas y me parecieron demasiado estiradas, así que les di la bienvenida y las dejé haciendo su trabajo.

Pasaron los días, ya era viernes y había pasado una semana desde que llegaron las nuevas incorporaciones, cuando, repentinamente, un nuevo fichaje, esta vez era un enfermero y su actitud era muy parecida a la de las otras dos enfermeras, muy distante. Al igual que el nuevo personal de laboratorio.

Intuía que algo pasaba. Eran pequeñas cosas, muy sutiles, que se iban sucediendo una tras otra, de manera casi imperceptible.

Además de los «cromos repetidos», notaba que alguien revolvía mis cosas cuando yo no estaba en mi puesto.

Decidí hablarlo con alguien, y ese alguien fue mi familia. Evidentemente, se burlaron de mí. Me gustan esos programas de detectives, homicidios, casos sin resolver,

las técnicas forenses; me encantan. Y pensaron que había dejado volar mi imaginación. Todos me dijeron que veía demasiados programas de conspiraciones.

—¡Ves demasiados programas de conspiraciones!

Ryan, estaba algo disperso, pensaba más en Sofía que en mis conjeturas.

Sofía Espósito García, hija de unos vecinos procedentes de España, tercera generación ya. Llevaba saliendo con ella unos cinco años. Se conocieron en el instituto también, y se adoran.

Había venido a buscarlo para pasar una semana haciendo escalada. Son muy aficionados. Al igual que mi marido, son dos apasionados del deporte de aventura.

Después del fin de semana, llegué a la conclusión de que todo me lo había imaginado y veía cosas donde no las había.

Con las ideas claras, volví el lunes por la mañana al hospital, pero llegué un poco antes, ya que William tenía que impartir unas clases a unos adolescentes a unos kilómetros de casa y se ofreció a llevarme.

Me senté en uno de los bancos blancos en forma de abanico que había delante del hospital a leer mi libro.

El suelo estaba lleno de hojarasca seca de tonos marrones y amarillos, caída durante la noche con la fuerte ventolera. Los servicios municipales todavía no habían pasado por allí.

Era un paisaje bastante bucólico, daba gusto tener un ratito para leer en ese entorno.

Estaba disfrutando de la lectura, cuando escuché un sonido que provenía de detrás del hospital.

Observé que estaban descargando una maquinaria, aunque no se distinguía bien, así que decidí acercarme y me quedé mirando agazapada detrás de unos arbustos. Las hojas estaban muy secas, tenía miedo de que me escucharan, de modo que me quedé muy quieta.

Pude ver a un señor vestido de militar, no sabría distinguir los rangos de los militares, pero diría que era un pez importante. Todos se cuadraban ante él, y digo todos porque había cuatro personas más que obedecían todo aquello que les ordenaba. Estaban manipulando material clínico y de investigación, o al menos eso me pareció. Una vez descargado el camión, se marcharon en él.

Después de haber hecho el fin de semana las paces con mi racionalidad, en aquel momento, me preguntaba por qué ese tipo de material tenía que traerlo el ejército.

Me retiré despacio de mi escondite y me dirigí a mi puesto de trabajo todavía confusa. Mi cabeza era un hervidero, me asaltaban muchas preguntas a la vez.

Con estas atribuciones, me senté en mi silla y me dispuse a encender el ordenador, pero, ¡sorpresa!, ya estaba encendido.

«¿Lo dejé encendido la noche anterior?», me pregunté mentalmente.

A la hora de la comida, les pregunté a mis compañeros de planta si habían visto algo sospechoso.

—¿Algo sospechoso? —me preguntaron.

—¿Esto qué es, el CSI? —Y todos rieron. La reacción ya me la esperaba (saben de mi afición por los misterios), son bastante capullos. Intenté explicarles todo aquello que no me cuadraba durante las últimas semanas (el perfil de-

rotista de los nuevos, la visita de los militares, el registro de mi ordenador); se quedaron callados por un minuto, solo rompieron el silencio para reírse de mí otra vez.

—¡Capullos! —les espeté.

Después, me despedí y me fui a mi puesto de trabajo.

Pasaron los días y no ocurrió nada más.

Fui a visitar a mi amiga a su casa y estuvimos hablando un poco de todo. Le pregunté por Erick, su marido; por su madre, gran amiga mía también, y por el embarazo.

Me contó que estaba tomando un nuevo tratamiento, intravenoso. Tenía que ir una vez a la semana al hospital para que le administraran la dosis para sujetar la placenta y que no hubiera ningún peligro de desprendimiento, ya que, según le dijeron, tenía un embarazo de riesgo.

Estaba un poco débil y había dejado de ir a la tienda. Por aquel entonces, se ocupaba Erick, solo; era doble trabajo para él, de manera que volvía más tarde a casa y se pasaba más tiempo sola.

Desde su primera visita a Maternidad, estuvo sufriendo extraños amagos de asfixia. A menudo, le faltaba el aire, de modo que empezó a usar un inhalador para el asma recetado por el propio hospital.

Me quedé toda la tarde con ella hasta que llegó su marido. Al despedirme, le dije que, si necesitaba cualquier cosa, que me llamara y estaría allí enseguida.

Ya en el hospital, la plantilla en Maternidad no dejaba de aumentar, mientras que, en otras especialidades hospitalarias, a pesar de estar necesitadas de personal, no se cubrían.

Despidieron a uno de los trabajadores de mi planta. Uno de los que llevaban más tiempo. No le dieron grandes explicaciones, pero le pagaron una generosa indemnización, de modo que no se quejó demasiado y se fue sin hacer ruido.

Cada vez conocía a menos gente, eran prácticamente todos nuevos. El semblante de todos ellos era serio y siniestro y no se comunicaban con los demás, solo entre ellos.

Las visitas de algunas de las pacientes empezaron a ser top secret. Algunos expedientes no llegaban a mi mesa. Y habilitaron unas habitaciones colindantes con las consultas, con instrumental, que no sé de qué tipo es, porque, para entrar, había que introducir una contraseña.

Intenté abstraerme de todo y centrarme en mi trabajo.

Mis tareas, a pesar de los cambios producidos, continuaban siendo las mismas. Recibía y hacía pasar a las pacientes y me ocupaba de los archivos de sus historiales.

Al cabo de unos meses...

Me encontré por casualidad con Richard, el ex enfermero jefe de la planta de Obstetricia, cuando hacía unas compras por el pueblo.

Lo invité a un café y estuvimos hablando un rato largo. Intenté que me hablara del motivo de su despido. Al principio, no quería hablar del asunto, ya que le pidieron máxima discreción de un modo poco amable, digámoslo así, según dejó entrever. Parecía temeroso.

Solo me contó que estuvo haciendo preguntas acerca de los cambios acontecidos en la planta, la instalación de

medidas de seguridad en los laboratorios, el incremento de la plantilla y alguna cosa más que se resistía a comentar.

El encuentro se terminó y nos despedimos. Él debía coger un tren que lo llevaría hasta Washington, donde viviría con su hija mayor mientras se buscaba una casita en el mismo barrio que ella. Pensaba quedarse allí y aceptar esa jubilación anticipada como un regalo.

Los días se sucedían, y la planta de Obstetricia fue ampliada. Instalaron dos consultas más y otro laboratorio. Todo de la noche a la mañana.

Había un gran secretismo. A mis compañeros y compañeras los asignaron a otras plantas y a mí me enviaron una carta con mis nuevas obligaciones, en las que, entre otras, figuraba la prohibición de husmear, en pocas palabras, por las instalaciones y la de mantener una actitud reservada y con una cláusula de confidencialidad de que todo lo que sucediera allí no debía salir de allí, como en Las Vegas; la tuve que firmar. No dieron grandes explicaciones.